

Un momento despues ninguno de los  
dos existia.

X.

## PRIMAVERA.

Ya estamos en el tiempo  
De los calores,  
Lanzan sonoros trinos  
Los ruiseñores;  
Y en la pradera  
Se nota el olorcillo  
De primavera.

Ya han pasado los dias  
Frios, inhumanos,  
Que con sus hielos hacen  
En nuestras manos,  
Más sabañones,  
Que tengo yo agujeros  
En mis calzones.

Ya no nos dá la lluvia  
Tan malos ratos.  
Ya se ha marchado el tiempo  
En que los gatos,  
Con maullidos  
Lastiman y ensordecen  
Nuestros oídos.

Ya no brilla en la altura  
Sulfúrea lumbre.  
Ya no se vé nevada  
La altiva cumbre.  
Verde tan solo,  
Doquier tiendo la vista  
De polo á polo.

Ya nos traen las brisas  
Ricos olores  
Que despiden fragantes  
Las bellas flores.  
¡Oh primavera!  
Eterno tu dominio  
De ser debiera.

Mas todas tus bellezas

No me enternecen,  
Sino por los pepinos  
Que ahora florecen.  
Y rio, y gozo  
Pensando en los gazpachos,  
Con alborozo.

TALMA.

## EL MOZO DE CAFÉ.

Un caballero alto, de rostro que acu-  
saba más de sesenta primaveras, no  
falto de cabellós, pero todos blancos, se  
sentó en una de las mesas del café y  
llamó con un par de sonoras palmadas  
al mozo.

Acudió este al llamamiento, y así  
que hubo llegado á la mesa en que  
estaba el recién venido, quedó sus-  
penso un instante y como quien vé vi-  
siones.

—Una copa de Jerez—dijo el parro-  
quiano,—y al decirlo levantó la cabeza.  
Su mirada se cruzó con la del mozo.

—¡Mi señor D. Eusebio!—exclamó el  
camarero con ese acento especial que  
tienen todos los gritos que salen de lo  
hondo,—¡usted por aquí, mi señor don  
Eusebio!—y el mozo, perdida con la  
alegría del inesperado encuentro, toda  
noción de jerarquía social, tendió la  
mano á D. Eusebio, el cual la cogió en-  
tre las suyas estrechándosela con cari-  
ñoso apretón.

—Gracias, Paco.—No sabia si te en-  
contraria muerto ó vivo, pero de todos  
modos estaba seguro de que me ha-  
brías echado de menos durante mi lar-  
ga ausencia.

—¿Que si me he acordado de usted?  
No ha pasado dia sin que mirase con  
tristeza esta mesa del café, tan alegre  
y ruidosa en otros tiempos, tan callada  
y solitaria hoy.

—Y yo me he acordado de ella to-  
dos los dias. No sabe nadie el cariño que  
se toma á la mesa que ha servido du-  
rante muchos años de reunión al círculo